

Y de las obras humanas
Los débiles fundamentos.
La ráuda locomotora
Que pasa de allí no léjos,
Con estridentes silbidos
De aquellos despojos muertos
Se burla. ¡Insulto que lanza
A lo antiguo lo moderno,
Sin notar que á nadie olvida
La crüel mano del tiempo!

En noche oscura y medrosa
(Por los años mil quinientos)
Un hombre llamó á las puertas
Del dormido Monasterio.
Pidió, para aquella noche;
Asilo, pan, lumbre, lecho,
Y el Padre Guardian que tuvo,
Aviso por el portero
De lo que el hombre pedia,
Con caritativo anhelo
Hizo entrar al peregrino
Hasta su mismo aposento.
Enfrente el uno del otro,
Y servido por un lego
(Que sobre blancos manteles
Puso una taza, un cubierto,
Luengas, sabrosas tajadas
De cecina, y mosto añejo),
Este diálogo curioso,



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

Mano á mano sostuvieron.

—¿Venís de léjos?

—De Francia.

—Italiano es vuestro acento.

—Soy de Florencia.

—¡Muy bella

Ciudad!

—Es hermoso pueblo,

Patrimonio de tiranos.

—Mal habláis del puro cielo

Que iluminó vuestra cuna.

—Sólo de humanos me quejo.

El Guardian, que contemplaba

El rostro duro y severo

De su Huésped, por sus ojos

Vió cruzar rayo siniestro

Que una historia delataba

De honda amargura y misterio.

«Yo os pidiera, caro hermano,

Dijo el Fraile sonriendo,

Que me contárais las causas

En que se funda ese tédio

Con que mirais á la perla

Que de Italia es el portento.

Mas si mis curiosas dudas

Han de abrir en vuestro pecho

Heridas, que no han cerrado

Ni las ausencias ni el tiempo,

Callad, porque no se vende

Vuestro asilo por secretos.»
La frente alzó el peregrino,
Y, contemplando en silencio
Al Guardian, breves instantes
Con grave y pausado acento
Exclamó:

—Su Reverencia,
Que es como honrado discreto,
Sabe que en la vida humana
Hay tan amargos recuerdos
Que, aunque el corazón los grita,
Nunca á los labios salieron.
Nací en Florencia; mi nombre
Es Torrijiano; viajero
De Francia y de Ingalaterra,
Llego de Filipo al Reino
Por ver si en astro dichoso
Se trueca el que es tan adverso.
Soy artista y fui soldado,
Y tuve por compañeros,
En el arte, á Buonarrotti,
Que conserva de mi fiero
Enojo vivas señales, ^(a)
Y en armas á los Vitellios.
Estoy casado; mi esposa
Me prepara alojamiento
En Sevilla (y á este nombre
De esposa, el rostro bermejo
Se le tornó); cuanto pueda
Deciros sin darme miedo
Sabeis, y no hagais que nunca
Os cuente lo que no debo.



Pasaron meses, y un día,
De gloria para el Convento
El Huésped convocó al Claustro,
De dudas ansiosas lleno.
Llegaron todos los frailes
De misa, y hermanos legos
A su estancia. Allá en el frente
Se contemplaba un objeto,
Oculto entre negras telas,
Sus perfiles encubriendo.
Junto á él, grave, sublime
Como la estatua del Génio,
Se miraba á Torrijano
Júbilo resplandeciendo.
Me dísteis sagrado asilo,
Exclamó con dulce acento;
Quise pagar esa deuda,
Y yo, en recompensa, lego
A vuestra Casa esta imájen
De San Gerónimo. El lienzo
Cayó en pedazos, y un grito,
De gozo, atronó el Convento.

Y yá han pasado tres siglos,
Y ese artístico portento
Es la firma de las Glórias
Del Sevillano Museo. ^(b)

II.

Los frailes de San Gerónimo,
En prueba de agradecidos,
A Torrijano ofrecieron,
Con su amistad, sus servicios.
Un taller le prepararon;
Fama le dieron y amigos,
Y en Sevilla, á pocos meses,
No hubo artista más querido.
Pero el vulgo malicioso
Que mira con ojos fijos
A cuanto vale, feliz
Si descubre algun indicio
De flaqueza en sus cimientos;
Adquirió datos verídicos,
Encontrándose dichoso
Al notar que, al edificio
De aquella gloria, una frase
Lo derrocaba al abismo.
De Holanda y de Ingalaterra,
Por largo tiempo, vecino
Fué Torrijano. Este fútil
Y despreciable motivo
Fué la chispa que dió fuego
A aquel volcan reprimido;
Y desde entónces, las turbas,
Es un hereje, un impío,



JUNTA DE ANDALUCIA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

Murmuraban, tiene tratos
Con Lutero maldecido.

III.

El taller de un artista, ante los ojos
Del hombre sin amor ni fantasía,
El aspecto de súa prendería
Presenta con sus múltiples despojos.
El nécio no ve nada
En esos dulces y sagrados nidos;
Detiene, sin embargo, su mirada
El oro relumbrante de algun marco
Que por el oro hiere á sus sentidos.
Con desdén, que envidiára un Aristarco,
Contempla en las paredes y rincones
Antiguas telas, ricas en jirones,
Bordadas, descosidas vestiduras,
Pesadas é incompletas armaduras,
Tapices y sitiales,
Mantos, coronas, ásperos sayales;
Instrumentos cascados que, sin vida,
Aduermen en sus cuerdas los amores,
Y que lloran del tiempo los rigores
Siendo, en nefando y deplorable exceso,
Dulce regalo del raton travieso,
Y del gusano destructor guarida.
A veces, en terror su risa trueca
El nécio amedrentado,
Si mira descarnado,

Amarillo esqueleto,
 Que de pié en un rincón, ríjido escueto,
 Le hace punzante y burladora mueca.

Pregonando sus glórias,
 Cantan los siglos muertos sus historias
 En el polvo sagrado de las ruinas;
 Y en el tosco sayal y en el acero,
 Que en su rigor el tiempo respetára,
 Ve el artista al guerrero
 Y al cenobita que por él rogára.
 No del Ganges, labradas sederías
 El artista codicia en su tesoro;
 Rico de pensamiento y no de oro,
 Con un rayo de sol puro y sereno
 Que innunde su aposento de alegría
 Tiene dicha completa,
 Que á quererlo, con rica fantasía
 Palacios sacará de su paleta.
 ¡Oh taller! ¡Oh taller! sagrado templo!
 Estancia que presencias conmovida,
 El asombroso ejemplo
 De dar el hombre, en creador encanto,
 Alma á las rocas, á los lienzos, vida,
 Y nombre á un siglo, y á la muerte espanto:
 Yo descubro mi frente ante tus aras,
 Que si el altar es pobre y es mezquino
 Para elevar á Dios el pensamiento,
 En la mente del génio peregrino,
 Un trono se alza á Dios, y él le dá aliento.



B.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Para obrar en la tierra el *fiat* divino.
¡Es un templo! sí, sí, que donde imprime
Su fuego el arte, cual sagrada hoguera,
A la mente que inflama regenera,
Y al corazón que abrasa lo redime.
Es un altar cubierto de laureles,
Que cambia á las impuras *Fornarinas*.
En las castas *Madonas* peregrinas
Orgullo de inmortales *Rafaéles*.
El caballete que recibe ufano,
Como una madre cariñosa y pura,
En sus abiertos brazos, al desnudo
Lienzo, en que graba el pensamiento humano
Su amor, ó su placer, ó su amargura....
De todo el arte es el emblema cierto;
Miro en él una Cruz, cual ella alzado;
También, cual ella, redimiendo al hombre,
Su alma elevando de la humana escoria;
Como la Cruz, de lágrimas cubierto;
Como la Cruz, resplandeciendo gloria.

¡Infeliz Torrijano!—En tus altares
Puede brotar la fé; mas la esperanza
No busques para alivio á tus pesares,
Que heridas del honor, no hallan mudanza.
Al duro mármol, que á tus piés deshecho
Cae descubriendo celestial figura,
Envidias en tu mísera tristura,
Que no puede el cincel abrir tu pecho,
Ni arrancar de él la ensangrentada historia

Afrenta de tu nombre y tu memoria.
No puede tu deseo
Fundir un alma en la marmórea hechura;
Tan noble aliento, aspiracion tan pura
Trajo el castigo al mártir Prometeo,
Victima noble de inmortal locura.

Amó viejo á una niña, y, confiado,
Dió hospedaje á un galan enamorado,
En su mismo taller. El fuego toma
Incremento mayor junto á la nieve,
Y es un loco el mengüado que se atreve
A unir con el milano á la paloma.
Oyó Beatriz, temblando, la querella
De aquel galan que le robó la calma,
Escuchó su conciencia, pero ella
No desoyó los gritos de su alma.
É inocente quizás, su alma rindiendo
A secretos impulsos, le habló un dia,
Y temblaba de miedo y no queria....
Y se infamó la triste no queriendo.
Enmedio del dolor de su fortuna,
No tembló ante las iras del esposo,
Ni temió de su honor el torpe exceso,
Mas, era madre y contempló una cuna
Y la frente del ánjel amoroso
Que esperaba la injúria de su beso.
Para evitar tan deplorables duelos
Debieran las esposas,
Siquiera por amor de sus hijuelos,
Dejar de ser mujeres al ser madres,
Y del honor del hijo ser celosas.



JUNTA DE ANDALUCIA

¡Infeliz Torrijano! Salió un dia,
Del ladron de su honor en compañía,
Y á su casa tornó solo y sombrío.
En lance bien impío,
Supo lavar su afrenta con la espada,
Si es que de sangre en el impuro baño
Torna la honra á ser immaculada.
¿Perdonó de la infame el torpe daño?
Por completo lo ignoro:
Quizás triste sonrisa, acerbo lloro,
Suplicante mirada
Del inocente niño,
Suspendió la venganza apetecida.
Despues, cual si estuviese yá cumplida
Su mision en la tierra, se apagaron
Del ánjel bello los celeste ojos,
En torno de su cuna resonaron
Murmullos de sonrisas y cantares,
Y en un trono de flores y de nubes
Libre yá de la tierra y sus pesares,
Volando hácia los Cielos
Se fué con sus hermanos los querubes.

Y sin amor, sin fé, pobre, abrumado
Con el peso de un muerto en la conciencia,
A la hermosa Florencia
Dió un adiós el artista desgraciado.
Errante por el mundo en compañía,
De la mujer que le causó tal duelo,
Albion que yá estudiaba para impía